

La ruta de su evasión

Yolanda Oreamuno



NOVELA



Editorial
Costa Rica

Yolanda Oreamuno

La ruta de su evasión

Sobre la autora y sus obras

Yolanda Oreamuno nace en San José el 8 de abril de 1916. Realiza sus estudios secundarios en el Colegio Superior de Señoritas y ocupa posteriormente algunos puestos de oficinista. Efectúa luego varios viajes al extranjero: vive en Chile, Guatemala (cuya nacionalidad adopta en 1948), Estados Unidos, México. En este último país, después de una larga dolencia, muere el 9 de julio de 1956 en casa de la poetisa costarricense, Eunice Odio. En 1961 sus restos son traídos a Costa Rica.

Adelantada en parte respecto a muchas de las innovaciones narrativas actuales, inicia en nuestras letras la novela de tipo experimental o introspectiva. Incomprendida en su momento y aún no plenamente divulgada su obra, por su talento, belleza y pretensiones, soledad y desplante, ha originado una verdadera leyenda en torno suyo. Constituye, sin lugar a dudas, una de las figuras no solo más fascinantes, sino más importantes de la literatura costarricense con relieve latinoamericano. Cultivó el cuento, la novela y el ensayo, dejando en cada uno de estos géneros la huella de su exquisita sensibilidad, agudeza y excepcional intuición.

A juzgar por sus propias confesiones y las influencias que pueden rastrearse en sus trabajos, los autores que más leyó fueron, principalmente, Thomas Mann y Faulkner. Fue a través del escritor norteamericano que le llegaron ciertas renovaciones de James Joyce y no del conocimiento directo del autor del *Ulises*. Al cabo es a Joyce a quien Faulkner le debe, en particular, el monólogo interior, el flujo de las percepciones. Pero al autor que más gravitó en su obra fue Marcel Proust. "Hago confesión de fe en Proust, de admiración ilimitada, de similitud y de influencia", le dirá Yolanda en una carta a Victoria Urbano. Para el autor de *A la recher-*

che du temps perdu, el sentido de la creación literaria surge de una reelaboración adecuada de los problemas existenciales y cuyo instrumento exploratorio es el recuerdo, aún cuando en términos de involuntariedad, esto es, el dominio de la memoria inconsciente y la representación existencial de la temporalidad. Posiblemente uno de los elementos más denotados de la narrativa experimental-introspectiva es el otorgamiento al tiempo de diferentes características de las habituales; vale decir, un tiempo vital cuya duración o *durée* (como lo establecía Bergson) se mide por la intensidad del recuerdo. Sin duda, lo que más sugestionó a Yolanda Oreamuno de la técnica de Proust es el análisis minucioso que este autor lleva a cabo, como en un laboratorio, de sus personales procesos psicológicos y sus reacciones, donde a través de su propia experiencia, sus personajes adquieren su real magnitud. Esto implica una sutilísima introspección para localizar el escondido pero esencial resorte de cada sentimiento y de cada actitud humana, a partir, como se indicó, de los que auspician y determinan la existencia y los actos del propio autor y la correspondencia con sus criaturas literarias. Algunos de estos procedimientos pueden advertirse en *La ruta de su evasión*, cuyos personajes entran y salen de los diversos planos de la narración interfiriéndose en sus deseos, sorprendidos siempre por la mudanza y el azar; meticulosamente observados en sus relaciones más desconocidas hasta localizar sus ocultos significados, cuya realidad se transforma en el olvido y el recuerdo... La extraordinaria intuición de Yolanda Oreamuno, en efecto, se hizo cargo prontamente de tales innovaciones, por encima de prolijas y lentas elucubraciones intelectivas.

En 1961 la Editorial Costa Rica publica *A lo largo del corto camino*, que contiene artículos, relatos y correspondencia de Yolanda, así como opiniones de varios escritores acerca de su obra y prólogo de Lilia Ramos. En 1977 esta

editorial da a la luz *Relatos escogidos*, cuyas notas y presentación están a cargo de Alfonso Chase. En cuanto a sus libros, según el estudio del Dr. Eugenio García Carrillo, la situación es la siguiente:

Por tierra firme.

Dos tormentas y una aurora.

Casta sombría (libro considerado por el Dr. García Carrillo sólo como obra soñada).

Nuestro silencio, denominada luego *De hoy en adelante*.

La ruta de su evasión (llamada también *La poseída*).

José de la Cruz recoge su muerte (libro que no se sabe si fue solo imaginado o si en verdad se realizó).

La ruta de su evasión, novela galardonada en 1948 con el *Premio Centroamericano 15 de Setiembre* en Guatemala y cuya primera edición fue publicada por la Editorial del Ministerio de Educación de ese país en 1949, es la obra que por sí sola refleja todos los dones de una excepcional narradora; verdadera obra de vanguardia que rompe en mucho las coordenadas de nuestra narrativa vernacular y quebranta su concepción del tiempo tradicional. En ella, además, el imperio de la síntesis es sustituido por el dominio de la fragmentación.

El asunto de la ficción se refiere, básicamente a esa vieja obsesión humana, como es la que tienen los seres de huir, de evadirse de la realidad que los ata. Escaparse de la sociedad, del trabajo, de las relaciones familiares, incluso de ellos mismos.

Un pasado, con todas sus alucinaciones, se articula en la memoria de una anciana enferma que revive su existencia en medio de su familia, en su casa; plano que se interrumpe a veces por hechos contemporáneos de esos familiares. Personalidades enfermizas, grotescas, insensibles, neuróticas, desgarradas; todas ellas buscando de alguna manera la posibilidad de evadirse, mediante el alcohol, los

sueños, la masturbación, los libros, la música o por medio del suicidio. Cada uno de estos personajes es auscultado, desmenuzado, no tanto en la observación de sus detalles físicos, cuanto en lo intransferible que cada uno de ellos tiene, y para eso los hace confesarse y en ese acto revelan, escapándoseles de los límites de su voluntad, sus secretos, sus hipocresías; la expresión del yo profundo de cada uno de esos seres. Toda la narración es un ofuscado fuego de contrastes, cuya acción exterior queda interrumpida constantemente por el ritmo de movimientos internos en virtud de la superposición de niveles simultáneos que se enfrentan y contradicen en un ejercicio continuo, que altera el flujo temporal, desplazándose al pasado, recreando vivencias que se yuxtaponen y complementan el universo del relato; del profundo y alucinador monólogo suscitador del egoísmo, la exaltación y las obsesiones de los hombres, incluso de sus estupideces y en cuyo fondo se asoma la crítica a una sociedad urbana, ámbito de la fabulación.

Novela increíble en 1948, donde se adelantan muchos de los procedimientos técnicos que usaría, por ejemplo, un Carlos Fuentes en su novela *La muerte de Artemio Cruz*, publicada en 1962. Desde luego, es la primera novela costarricense que se libera del realismo objetivo.

La ruta de su evasión

I

Cuando Roberto le llamó no tuvo, de momento, idea de la misión que se le iba a confiar.

—Gabriel, ve a buscar a papá.

—¿A buscarlo...? —repitió como idiota.

—Y a traerlo —ordenó escuetamente su hermano.

Hacía dos días que don Vasco faltaba de casa. No era esta la primera vez; sí la primera que el hermano mayor adoptaba la decidida actitud de enviarlo a buscar. Sabía por un secreto instinto que ahora su padre no regresaría por sí mismo, con la cara abotagada, la corbata torcida, el traje sucio, aguardentoso, el mechón de pelo en la frente y la mirada extraviada. No volvería como otras veces, derrotado físicamente, pero simulando arrogancia después de la caída. De esas ausencias don Vasco regresaba desintegrado, pero temeroso de rebajar su severa como despótica posición familiar, esforzándose por parecer más hosco y huraño. Las violencias con que evitaba toda pregunta eran visiblemente más crueles. Siempre volvió duro, deshecho por fuera, intacto en su terrible soledad, en la horrenda soledad de la soberbia.

“Gabriel, ve a buscar a papá”, eso fue todo. “¿Por qué yo y no él?”. Tiene su voz una nota y su gesto una intención que parecen señalar crudamente el camino sin mencionarlo. “¿Por qué pienso esto? ¿Por qué pienso que es eso? No quiero ir. Que vaya él”.

Sin embargo, no se atrevió a preguntar adónde, ni Roberto hizo la menor alusión al sitio. Simplemente ordenó. Puso en la mano de Gabriel una suma de dinero que a este le pareció excesiva. Seguro no necesitaría tanto para recoger a su padre, subir a un automóvil y traerlo a casa. Tomó el dinero y salió silencioso.

En la puerta mira la noche y la observa como aquel que antes de salir, trata de adivinar el tiempo para saber si llevará paraguas. No piensa adónde va. Con la desatención inerte de nerviosismo interno, mira al cielo oscuro, encapotado en lluvia, palpa el aire frío y aspira el viento cortante de intermitentes rachas. Camina mucho rato. Vacío de pensamientos. En las esquinas se detiene sin prisa hasta que el tráfico interrumpe normalmente. Cruza entonces despacio la avenida. No se da cuenta, pero sus pasos, obedientes a un ritmo mecánico, repiten el único camino familiar: el de su Facultad. Cruza. Va recto. Vuelve a cruzar. Se detiene en un sitio en donde cotidianamente cambia de acera para mirar un escaparate luminoso con álbumes de discos. Lee los títulos de los librotos con la avidez del que desea adquirirlos. Sigue andando. Frente a la plaza una iglesia contrasta su grácil figura de encaje con las arcadas macizas de un viejo edificio colonial. Advierte la diferencia de calidades y sonríe satisfecho del hallazgo. Dobla en otra esquina. “Es mejor que tomes por aquí, te economizarás cuatro minutos”, había dicho Roberto en cierta ocasión mientras hacían el viaje juntos. ¿Sería este el motivo? Él dobla, siguiendo aquella ruta, porque temprano en la mañana, todos los días, una criada rolliza lava las gradas de una casa lujosa y el sol de esa hora, pelando contra las desnudas piernas de la muchacha, contra sus ordos brazos morenos, da a esa piel cálidos tonos de pan, de ostrita dorada, de superficie que va a estallar por contener a tensión una carne joven y esponjosa llena de ansiedad por manifestarse afuera, aun más afuera de la piel. Esas tonalidades le hacen sufrir un extraño hormigueo en las articulaciones, y luego en la noche, cuando lee libros, tuercen su atención, martirizan su mente. Le hacen desear que esa carne morena esté a su alcance alguna vez para limpiar con la mano, suavemente las gotitas que el agua al ser vertida prende sobre ella; y anhelar hasta el martirio ver las gotitas convertirse en chorro y resbalar de las pantorrillas de la muchacha a sus

manos que las recogerán cuidadosamente; esas tonalidades le hacen hambrear todos sus oros en un momento que siempre ha de ser aquel, en una hora que no puede ser otra, porque en otra no estarían las piernas mojadas ni brillaría sobre las gotas y dentro de estas, como en un mundo pequeño, toda la alegría de la mañana, ni estaría, es seguro, en hora distinta, tan tensa aquella piel, tan frutal aquella muchacha. Camina. ¿Y si encontrara a la criadita? ¿Si hoy, que él pasa de noche, estuviera esperándolo? Esperándolo porque ella ha visto el ávido deseo de sus ojos; porque tal vez la criadita esté sola; y quizás, como él en la cama, ella lo sueña; lo piense deseándolo; porque las miradas furtivas le revelaron su ansia y haya decidido, esta noche, dejarle recoger las gotas de agua de sus piernas, prolijamente, en el hueco de la mano. Pero ahora es de noche, la muchacha no tendrá ni las piernas desnudas, ni los pies descalzos, ni por ellos correrá el agua. Y al imaginarla con medias, con toscos zapatos, seca, velada por la sombra de la noche, ayuna de sus oros matinales, sobre la mujer de antes surge en su mente otra que la suplanta, mata el sortilegio y lo vuelve del sueño a la realidad sin consideraciones. “Es de noche. Salgo de casa para traer a mi padre; voy sin saberlo camino de la Facultad. ¡Qué estúpido!”.

Recapacita su miedo inicial, su congoja. Es necesario que ordene sus pensamientos como sus pasos y haga una lista de los sitios que deberá recorrer. Esto resulta imposible. Nunca ha estado en esos lugares, ¿cuáles lugares?, a veces sus compañeros hablaron de ellos, pero sin mencionar localización; hablaron como los cristianos hablan del Paraíso, sin saber dónde está. ¿Cuáles lugares estaba pensando? Pensamiento de fondo, fondo de pensamiento, pensamiento de pensamiento. “¿Cuáles lugares? Equivalía a turgurio, a prostíbulo, a lupanar; conceptos por él desconocidos, ajenos a su experiencia personal; por su contenido real aún no habían pasado a sus sentidos, sino mediante las pa-

labras de los otros. En cierto modo conceptos inexistentes, y sin embargo, dueños de mayor relieve en su conciencia.

Parado en una esquina medita su problema, al que su mente de hombre normal da, de súbito, la única solución posible. Toma un coche y cuando el chofer pregunta la dirección, su turbada cara es para el experto la mejor respuesta. Lo mira. Repite la pregunta.

—No. No quiero ir allí —dice Gabriel.

—Entonces... ¿a qué lugar lo llevo?

—Dije mal. Sí quiero ir ahí; pero no soy yo el que quiere. —¡Maldita sea! Ya me pierdo, estoy diciendo lo que no entiende nadie. Y siento que diré cosas peores. ¿Por qué las voy a decir?—. Es decir, no soy yo el que va...

El chofer se vuelve francamente alarmado.

—Mejor dicho, voy, pero no por mi gusto. No soy yo el que va... o no soy yo el que quiere ir... pero el que va. Yo no iría por mí mismo, pero voy... No iría, pero debo ir...

—Usted dirá si va o no va. O a dónde quiere ir.

—Sí. Sí voy. Adonde usted dijo: voy a buscar allí a mi padre —ya dije lo que no quería ni debería decir. Era inevitable. Por más que quiera esconderlo tiene que salir. ¿Por qué tengo que enterarlo de esto?

—¿Y dónde está su padre?

—Eso es lo que no sé. Deberé buscarlo en todos los sitios como ese que usted mencionó y traerlo.

—¿Y usted tiene que buscarlo en esta ciudad sin una dirección? ¡Se da cuenta! En una ciudad de casi tres millones de habitantes. ¿Pero se da cuenta?

—Sí. Me doy cuenta. Pero tengo que encontrarlo esta misma noche. Hace ya dos días que no vuelve a casa —otra vez estoy diciendo más de lo necesario—. No regresaré sin él. Mi hermano me envía a buscarlo —mis palabras salen por sí solas. Esto es lo que menos quería decir y lo he dicho.

El chofer puso en marcha el motor. "Si envían el chico a buscarlo, es porque el buen señor no estará en condiciones de volver por sus propios medios. ¡Valiente juega de dos

días! ¡El buen señor! Un señor respetable, desde luego... Después de todo, si el joven tiene dinero es un buen negocio; toda la noche rodar. No es tan fácil. Pero lo hallaremos. Lo llevaré primero allí en donde seguramente no está. Si lo conociera... Si me lo pudiera pintar... Cada viejo de estos tiene su rincón. Se buscan el que les queda bien. Según el pie, así el zapato”.

—¿Tiene usted dinero?

—Sí, por supuesto.

—¿Suficiente?

“¿Suficiente? Seguro que es suficiente. Es demasiado; nunca había visto tanto dinero junto. A mamá le hará falta. ¿Cómo se las arreglará después?”. —Sí, es muy eficiente.

—¿Cómo es su padre?

—¿Que cómo es mi padre?

—Sí. Quiero saber cómo es. Qué edad tiene; qué tipo de persona es. Dígame si bebe mucho. Dígame todo lo que pueda sobre su padre.

Gabriel no entiende. Es la primera vez que para algo tan extraño como saber dónde se encuentra don Vasco tiene que describirlo. “¿Que cómo es? ¿Qué tendrá que ver esto con que lo encontremos? Nunca había pensado antes cómo es él. Lo he sentido. Algo así como un peso encima. Pero no lo recuerdo. Veo la casa, a mamá sentada remendando en el comedor cuando estaba sana, o tendida enferma en su cama como ahora... ¿Para qué sirve esto? Roberto. Álvaro. Pero no él. Muebles, cosas, pedazos de caras ajenas, pescados, agua, gotitas, dorado. Pero no él. Sé cómo es. Veo las palabras con letras que corresponden a su fisonomía. Pero no puedo ver su cara. Si muriera, no tendría para recordarlo una sola imagen. Tendré que verlo bien cuando lo vea. Tendré que verlo...”.

—Dígame —insiste el chofer—, porque no vamos a estar toda la noche aquí parados. El tiempo, no lo olvide, está corriendo desde que subió a mi coche a las diez y siete mi-

nutos. Es por usted. Si no sé cómo es, no podré llevarlo al sitio donde puede estar.

—Es alto. Tiene cuarenta y ocho años —palabras, palabras de consonantes y vocales, sonidos, oídas dentro, formuladas afuera—. Tiene el pelo un poco canoso. Es grueso. Viste bien. Parece mayor que su edad. Bebe mucho.

El chofer repite:

—Tiene cuarenta y ocho años, viste bien, bebe mucho. Bueno, pero ahora necesito saber cómo es, más o menos, su carácter.

Gabriel se encoge casi ofendido. “Para qué querrá saber tanto...”.

—Mire, jovencito, si no me dice lo que le pregunto, no podré dar con la casa que frecuenta. Vea que según es el modo de cada quien, así es la mujer que le gusta, el licor que traga y el sitio a que va. ¿No se da cuenta de que si usted es poquito no va a un sitio abierto, y que si es fanfarrón o peleador va a donde lo vean mucho? ¿No se da cuenta de que si un hombre viste bien tiene plata para beber, y que si tiene cuarenta y ocho años le gustarán las putas nuevas?

Gabriel se rinde. “¡Pero qué palabra tan fea! Putas. ¿Por qué no había entendido? Comienza la peor parte del retrato. Recuerdo menos; pero siento más. Se va haciendo fácil decirlo. Las palabras vienen, pero esta vez no son solo palabras; son conceptos”.

—Es arrogante, violento, le gusta que le obedezcan. Se hace obedecer. Es... ¿cómo le dijera...? Es vanidoso. Se preocupa mucho de su propia persona. No se preocupa nada de los demás. Nunca ha dicho a qué sitios va ni nadie se atrevería en la casa a preguntárselo. Ni cuándo regresa. Creo que le preocupa mucho, muchísimo, lo que los demás, quienes no son de la familia, piensan de él. Me parece que siempre está tratando de aparentar lo que no tiene, lo que no es. Con los extraños es muy generoso, muy cortés; con nosotros es duro, implacable. No tiene compasión de

nosotros. Nunca demuestra nada. ¡Es cruel! ¡Oh! ¡Es muy cruel!

El chofer se vuelve porque no esperaba ese aluvión de palabras apasionadas. Él pidió mucho menos, ¿pero al cabo qué le importa? Gabriel queda exhausto y mira para adentro de sí mismo. “¿Pero es que no tengo ni un concepto amable de mi padre? No debería haber dicho lo que dije. Hubiera bastado con: es violento de carácter, silencioso, reservado, nada tímido, personalista. ¡Mucho más decoroso! Todo lo dicho es demasiado... íntimo. He estado esperando muchos años para decir de mi padre lo que pienso. ¿Pero es que para hacer una pintura realista de él debo recurrir a ideas tan desagradables, debo calificarlo tan duramente? ¿Es así mi padre? Así es. Tanto tiempo para tener una oportunidad de decirlo. Y frente a un extraño a quien no le interesa saberlo. Pero estoy raramente aliviado. En esta confesión forzada salen amarguras. Y verdades. Nunca me las hubiera dicho ni a mí mismo, pero si hubiera de recordarlo de nuevo, volverían mis palabras: violento, egoísta, indiferente, vanidoso, duro, implacable, cruel. Hay que quitar algo. No, no puedo quitarlas. Nada sobra. Es así. Si cualquiera, Roberto o Álvaro, estuvieran como yo en el caso de describirlo, dirían lo mismo. Tal vez no tendrían... no es cuestión de valor; uno se ve obligado, lo dice... Les daría miedo. Si él estuviera delante les daría miedo. ¿Pero solos? Lo dirían... Para un extraño pensarían así. No pueden pensar distinto. Le tememos. Es ¿a él? Es a su desamor y su indiferencia. Aunque Roberto no quiera... quisiera... reconocerlo; él lo dijo un día —no puede pedir más, es su culpa—: no quiero que me quieran, exijo que me respeten. Roberto diría lo que yo dije con palabras menos duras, o tal vez más duras. ¿Agregaría algo? Ya veo. Sí. Todos agregaríamos... yo también... En descargo de lo demás. Que por otra parte es verdad también. Sin remordimientos...”

—Me olvidaba decirle, es muy inteligente.

El chofer que ya comienza a hacer andar su coche, contesta:

—Eso no ayuda a encontrarlo.

Nunca vio correr así la ciudad ante su vista. Jamás salió sino para ir a la Universidad, o a donde algún compañero que estudiara con él en época de exámenes. Tampoco visitó esas casas ajenas por diversión, como lo hacían los otros compañeros. Si alguno de ellos salía era con objetivo definido, hacer algo, comprar una cosa, estudiar. Si de noche asistía a clases, iba demasiado absorto en preocupaciones para observar algo, y de estas regresaba directamente a la hora de salida. Al llegar, don Vasco miraría el reloj:

—Te has demorado.

—Me costó encontrar sitio en el camión. Había demasiada gente.

—Está bien; pero procura no retrasarte de nuevo. Nada tienes que hacer a estas horas en la calle.

Don Vasco siempre estaba en casa. Cierto que le gustaba beber, pero tenía su forma particular de hacerlo: irse varios días inusitadamente y no volver hasta que había agotado por completo su capacidad de embriaguez. Después pasaba tiempo. A veces semanas o meses enteros, sin que don Vasco rompiera con nada la rutina familiar; y durante esas épocas tranquilas, si tranquilas podían llamarse, iba a su trabajo, no hablaba, repetía hasta el cansancio las mismas fórmulas de vida, se paseaba constantemente por el salón, amonestaba a sus hijos cuando era necesario y restringía al mínimo las expresiones humanas de los demás. Casi era una liberación si don Vasco, cansado de retener su naturaleza viciosa, se iba de la casa para beber. Ahora, últimamente, las partidas habían sido más frecuentes y los regresos más lentos.

Nunca vio pasar las luces nocturnas de la ciudad a la velocidad de un automóvil, porque casi nunca tampoco usó un coche; solo para emergencias. Todos esos lujos les esta-